

LA HISTORIA COMO LUGAR TEOLÓGICO INSPIRADOR DE LA CATEQUESIS

Angel Salvatierra, Pbro.*

INTRODUCCION

En contraste con las demás religiones, el judaísmo y el cristianismo son por excelencia religiones de la memoria, fundadas en el recuerdo de hechos históricos que van siendo rememorados a lo largo de los siglos¹. El éxodo propició una memoria colectiva del pueblo judío, que cada año se rememoraba en la fiesta de la Pascua.

Para los judíos, la historia no era cíclica; no consistía en un eterno retorno de las cosas y de los tiempos, sino que tenía una finalidad y era, por tanto, irreversible. El pueblo judío ha sido el primero en la historia de la humanidad en concebir la historia como dirigida hacia un fin. Esta mentalidad chocaba frontalmente con el pensamiento griego, basado en el eterno retorno de situaciones iguales y en las esencias de las cosas y, por tanto, ajeno al sentido de la historia.

El cristianismo heredó del judaísmo el carácter histórico, aunque centrando su memoria en la encarnación, la vida, la pasión, la muerte y la resurrección del Señor Jesús, reconocido como Salvador de todos los hombres. Para los cristianos, Jesucristo es el centro de la historia y fundamento de toda esperanza definitiva. El acontecimiento-Jesús es la clave de la historia. Por ello, la esperanza cristiana está ligada al tema de la memoria: la memoria es vehículo de esperanza; sin memoria se

* Secretario Ejecutivo de la Comisión Episcopal de magisterio de la Iglesia y encargado del Departamento de Catequesis de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana. Español.

1. Cfr. E. HOORNAERT, *La memoria del pueblo cristiano*, Ediciones Paulinas, 1986, 15-24. La introducción presente está inspirada en la obra señalada.

desvanece la esperanza. De aquí surge para los cristianos la necesidad del recuerdo como tarea religiosa fundamental y permanente. Esto es lo que acontece con la enseñanza cristiana, la catequesis, que en el fondo es memoria; y en la liturgia cristiana, que es memorial, especialmente en la Eucaristía.

Los cristianos saben muy bien que su religión se mantiene en pie o se derrumba con la veracidad de su memoria. Así podemos comprender cómo desde muy pronto intentaron transcribir por escrito la tradición oral. La historia, por lo tanto, no es una simple herramienta pedagógica para ilustrar y asimilar el Mensaje, sino que pertenece esencialmente al mismo.

El presente trabajo intenta presentar la historia como lugar teológico para la catequesis. Comienzo haciendo una síntesis de la historia de la catequesis, que dispone al desarrollo del tema central y ofrece pistas para trabajarlo. A continuación ofrezco unos textos del Magisterio que explicitan la relación entre catequesis e historia, donde puede observarse la vinculación esencial de aquella con la historia. El trabajo central se desarrolla en el apartado que lleva como título "la historia como lugar teológico de la catequesis". Se presentan dos perfiles de esta temática: 1º) las enseñanzas de la historia de la catequesis y 2º) los principios teológicos basados en la Palabra de Dios y el Magisterio actual. Para terminar recojo las conclusiones principales del trabajo.

1. HISTORIA DE LA CATEQUESIS

Siendo la evangelización la tarea primordial de la Iglesia, la historia de la evangelización y la catequesis es lugar de referencia obligado para el tema que nos ocupa. Sus luces y sombras nos indican un camino a seguir en fidelidad a la tarea evangelizadora. Por este motivo comienzo el desarrollo del trabajo presentando la historia de la catequesis, tratando de recoger sus enseñanzas².

Podemos hacer también otra consideración inicial. Si partimos, como lo supone el título de este trabajo, de que la historia es lugar teológico, debemos aceptar la hipótesis de que la misma historia de la catequesis lo es igualmente. Las enseñanzas de la historia serán, en consecuencia, lugar teológico inspirador de la catequesis.

2. Para este apartado tenemos en cuenta, en gran medida, la obra de A. ETCHEGARAY CRUZ, *Historia de la Catequesis*, Santiago-Chile, Ediciones Paulinas. De ella recogemos en apretada síntesis algunos de sus datos.

Catequesis apostólica

“La predicación apostólica presenta al Dios vivo a través de las intervenciones salvíficas en la historia humana, que debuta con la creación y termina en la parusía”³. Está marcada por lo que se denomina el “kerigma”, o sea, el Mensaje fundamental centrado en la muerte y la resurrección del Señor Jesús, Salvador de todos los hombres. Alrededor de este núcleo central se tejerían los cuatro Evangelios.

El objetivo de la predicación apostólica es llamar a la conversión y al seguimiento de Jesucristo, entrando a formar parte de la comunidad de sus discípulos. El apóstol y evangelista Juan nos lo expresa recogiendo una expresión del Señor: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6). Por su lado, el apóstol Pablo nos dice: “Sigamos mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo” (1 Co 11,1). El apóstol Pedro nos ofrece igualmente la idea del seguimiento del Señor Jesús, recalcando simultáneamente la idea de la comunidad de seguidores: “Acérquense a él: ahí tienen la piedra viva rechazada por los hombres y, sin embargo, escogida por Dios, que conoce su valor... Ustedes pasan a ser una comunidad de sacerdotes que, por Cristo Jesús, ofrecen sacrificios espirituales y agradables a Dios” (1 Pe 4-5).

La catequesis apostólica tiene su centro en “Cristo muerto y resucitado”. Alrededor de este centro encontramos cuatro elementos o dimensiones en la catequesis apostólica, íntimamente unidos en una síntesis vital y fecunda: el contenido del Mensaje, su repercusión y exigencias en la vida personal y social, la celebración comunitaria de la fe en Dios Salvador y la adaptación al lenguaje y cultura de los pueblos.

La adaptación a la cultura greco-latina fue la que llevó al Concilio de Jerusalén (cfr. Hch 15,22-29). Pablo fue el principal paladín de esta causa. Los Hechos de los Apóstoles nos narran experiencias evangelizadoras que hoy llamaríamos de inculturación (cfr. Hch 14,14-17 y 17,22-34). Fue grande el esfuerzo realizado por Pablo por liberar al cristianismo de la estrechez de los judaizantes y, con ello, por defender la originalidad y la universalidad del Evangelio de Jesucristo. Esta apertura a la cultura y la religiosidad de los pueblos paganos impidió que la Iglesia se convirtiera en secta.

3. A. ECTHEGARAY CRUZ, “Kerigma y teología de la evangelización en el *De catechizandis rudibus*”, Tradición y originalidad, en *Augustinus XVI* 1971, 52.

Un aspecto fundamental, que nos recogen los Hechos de los Apóstoles, es que el gran medio de evangelización fue el testimonio de vida comunitaria y fraterna (cfr. Hch 2,42-47). La vida misma, fundamentada en el amor del Señor (cfr. Jn 13,35), es el "anuncio" que lleva a la salvación.

El P. Liégé expresa atinadamente el sentido profundo de dicha catequesis apostólica con estas palabras: "Es el mismo Misterio cristiano que es dogma cuando se afirma en su transcendencia; que es moral cuando se participa vitalmente; que es culto cuando se celebra comunitariamente en la Iglesia"⁴.

Catequesis patristica

Sobre el modelo apostólico se desarrolla la catequesis patristica. De ahí que la actual catequesis está volviendo sus ojos hacia ella, como a una fuente de inspiración. Desde el s. II al s. VIII, los catequistas fueron muy fieles al enfoque que los evangelistas y los Apóstoles dieron del "mensaje", especialmente Juan y Pablo. El cristianismo, según la presentación apostólica, es ante todo una *historia de la Salvación* y sólo secundariamente un "sistema de verdades". Para los Padres de la Iglesia, el "mensaje" consiste en una serie de intervenciones de Dios en la historia de la humanidad, a partir de Cristo como centro de la "Historia de la Salvación". Su catequesis es, pues, eminentemente "cristocéntrica".

La teología de los Padres es una teología de la salvación, en pleno drama y en plena historia. La búsqueda de la inteligencia no consiste para ellos en organizar en un sistema racional y claro un conjunto de nociones definidas, sino en leer en la historia sagrada el encadenamiento providencial de los sucesos. El trabajo del teólogo no consiste para ellos en separar naturalezas, en fijar valores eternos, en abstracciones, sino en leer, en los acontecimientos de la Antigua Alianza o en los oráculos proféticos, el anuncio de las realidades del Nuevo Testamento y en comprender los misterios de Cristo como un cumplimiento de las lecciones dadas por Dios a los antiguos y como la inauguración del Reino de

-
4. A. LIEGE, O.P., "Contenu et pédagogie de la prédication", en *Maison-Dieu*, n. 39, 28.
 5. A.M. HENRY, O.P., "La teología, ciencia de la fe", en *Iniciación teológica* t. 1. Trad. esp., Barcelona, 1959, 216

Dios entre los hombres⁵.

La catequesis patristica explotó a fondo la tipología. San Agustín, por ejemplo, en el "modelo de narración" que trae en *De catechizandis rudibus*, dice que el "arca" es figura de la Iglesia, que el cordero pascual "anunciaba" a Cristo; que la Jerusalén terrestre es "tipo" de la celestial, etc.

Del s. I al s.VIII no se encuentra nada de lo que hoy conocemos como "clase de religión", "enseñanza de la religión" o "texto de religión". Los Padres no pensaron "escolarizar" la catequesis, sino transmitir la santidad de Dios y *transformar la vida en Cristo por medio de la Palabra*.

El programa de la catequesis patristica estuvo centrado en el "kerigma" presentado bajo cuatro aspectos. El *aspecto histórico* del Mensaje consideraba la Historia de la Salvación siguiendo el orden cronológico del Antiguo y Nuevo Testamento. La explicación del "Credo" y del "Padre Nuestro" constituía el *aspecto dogmático* de la catequesis. El tercer aspecto del programa era el *enfoque litúrgico* del Mensaje: los Padres explican el simbolismo de los ritos sagrados en íntima relación con la Historia de la Salvación. La liturgia es la re-actualización del hecho salvador en Cristo. El programa de la catequesis patristica incluía finalmente con el *aspecto moral* del Mensaje, manteniéndose fieles a la orientación apostólica de la moral cristiana.

Este programa patristico en cuatro aspectos se realizaba en tres etapas. La primera se refería a la preparación para el bautismo, la segunda a una especie de cursillo de una semana que seguía inmediatamente a la recepción del sacramento del bautismo y la tercera estaba destinada al pueblo cristiano. La ocasión para la formación del pueblo era, básicamente, la homilía predicada durante la Santa Misa.

Algo original de la época patristica es la institución del catecumenado, concebido como preparación al bautismo. De acuerdo con el más genuino sentido de la catequesis, el catecumenado no sólo ni principalmente instruía en la fe, sino que iba modelando toda la persona para su definitiva entrega a Cristo en el bautismo. Existía, pues, en la catequesis patristica una correspondencia perfecta entre el tema de la instrucción, la metodología usada y la organización *pedagógica*.

El único exponente completo de la práctica catequética durante el período patristico es el opúsculo *De catechizandis rudibus* de san

Agustín. En él no expone sólo sus ideas sobre el contenido de la catequesis, sino que descende a consejos pedagógicos bien prácticos sobre la sencillez del lenguaje, la presentación atractiva, la adaptación al sujeto, cómo evitar el aburrimiento, etc. Considerando el tema central de este trabajo, vamos a destacar algunas ideas suyas sobre la historia de la salvación y las exigencias para el evangelizador.

“Para Agustín, la narración de la *historia salutis* no comienza con Abrahán, sino en la creación, ya que ‘Creación, Exodo y salvación escatológica aparecen en la Escritura como tres momentos de un mismo y único triunfo’”⁶.

Como quiera que la teología de san Agustín se basa profundamente en la Escritura, la primera exigencia de la kerigmática agustiniana consiste en insertar la evangelización en la trama de la historia de la salvación, lo que aparece ya claramente en los anuncios misioneros de la época apostólica. Pero la historia de la salvación se desarrolla según la dialéctica del amor, y el amor, por su misma naturaleza, exige una respuesta amorosa o la negativa ante el amor. Amor de Dios o negación de Dios constituyen el punto de partida del tema de las dos ‘ciudades’ que encontramos en toda la historia sagrada. El contenido del ‘kerigma’, según Agustín, debe poner de relieve el amor. Su anuncio obliga al hombre a responder en términos de amor; su proclamación, ya que es una irrupción de Dios, prolonga en el tiempo la historia de la salvación’.

Ya que el misionero colabora en la realización de la historia de la salvación, debe, en la medida de lo posible, reproducir los rasgos de Cristo, Palabra de Dios⁸.

Catequesis en la Edad Media y en la primera evangelización de América Latina

La Edad Media abarca desde el tiempo del Emperador Carlo Magno (768-814), quien formó un Imperio sobre bases romano-germánico-cristianas, hasta el período del Emperador Carlos V (1516-1555), el

-
6. A ETCHEGARAY CRUZ, “Kerigma y teología de la evangelización en el *De catechizandis rudibus*”, Tradición y originalidad, en *Augustinus XVI* (1971) 49.
 7. A ETCHEGARAY CRUZ, “Kerigma y teología de la evangelización en el *De catechizandis rudibus*”, Tradición y originalidad, en *Augustinus XVI* (1971) 65.
 8. Cfr. San AGUSTIN, *De catechizandis rudibus*, 10,15.

último en pretender organizar una Europa cristiana. La vida de la Iglesia durante estos largos siglos medievales está dominada por el ambiente de "cristiandad". A principios del s. XIV comienza a descender la influencia de la Iglesia. Con el Renacimiento y la Reforma Protestante del s. XVI termina su hegemonía religioso-cultural.

Desde un punto de vista catequético, los factores de mayor influencia en el medioevo parecen ser un vigoroso renacimiento espiritual y el descubrimiento del valor de la inteligencia en el s. XII. Todo ello bajo el signo del cristianismo, pues estamos en pleno ambiente de cristiandad.

En el denominado *renacimiento carolingio* se despierta una gran inquietud intelectual, que empuja a crear y organizar escuelas. En ellas se enseñan materias que hoy llamamos profanas y se instaura, por primera vez, la catequesis. Desde el s. VI, el sacramento del bautismo se viene administrando a los niños; el catecumenado hace tiempo desapareció. Es preciso, por consiguiente, que los niños se eduquen en la fe por medio de un medio apropiado, la catequesis.

La pedagogía de la catequesis medieval, a pesar de ser pobre, no es infiel al ideal patrístico. Los catequistas no hacen primar la "información" sobre la "transformación de la vida en Cristo, que se opera por medio de la Palabra". Lo fundamental para ellos continúa siendo siempre la "vida cristiana", que da el ambiente y que crean los padres de familia. Justamente, a partir de Carlo Magno, se venía insistiendo mucho en que los padres de familia y los padrinos enseñaran a sus hijos y ahijados los rudimentos de la fe. Los adultos, por su parte, recibían los elementos de la fe a través de la predicación.

En esta época aparece un nuevo enfoque en la presentación del Mensaje. Este va perdiendo cada vez más el sabor bíblico de la catequesis patrística tanto en las ideas como en la expresión. Por otra parte, el tema de la catequesis se desvía más y más hacia lo antropocéntrico a medida que se aparta del cristocentrismo de la catequesis patrística. Hay que tener en cuenta que, desde fines del s. VI, la catequesis empieza a teñirse de moralismo y que, a partir del s. IX, los fieles van perdiendo contacto con la Sagrada Escritura por el paulatino desconocimiento del latín.

Una característica de la presentación medieval del Mensaje es la tendencia de la catequesis a moldearse de acuerdo con la *teología escolástica*. En la segunda mitad del s. XII empieza a entrar en las

facultades de teología de Europa Occidental el pensamiento de Aristóteles. Los teólogos de entonces comienzan a estructurar lo dogmático del Mensaje según la concepción aristotélica de la ciencia, cuyo objeto son las esencias o naturalezas de las cosas. A fines del s. XII, el objeto de la teología deja de estar encarnado en la Historia de la Salvación y comienza a ser una sistematización, a partir de principios revelados, de las verdades encerradas en la trama de la Historia Santa. La catequesis se calca sobre el modelo de la teología dogmática vigente.

Una segunda característica del Mensaje es el *moralismo*. Lo que más atrae a los fieles de la Edad Media es lo que habla más directamente a lo personal y subjetivo. La catequesis se hace antropocéntrica, o sea, enfocada hacia los intereses del hombre, primando lo subjetivo. Con la liturgia sucedió un fenómeno semejante: pierde objetividad y se hace moralizante.

Aun dentro de los parámetros de la época, vale reconocer que los sermones catequéticos de Santo Tomás de Aquino se mantienen en lo sustancial de acuerdo con los valores de la época patristica: la catequesis es abiertamente cristocéntrica, aparece estrechamente ligada a la vida cristiana y se considera la moral como participación en el "misterio de Cristo" (los mandamientos se reducen en el fondo al amor).

En conjunto, la catequesis medieval* no aporta nada nuevo a la catequesis patristica. Más bien se produce una desviación para dar más cabida al elemento subjetivo: primacía de la moral sobre el Mensaje, interpretación moralizante de la Palabra de Dios y falta de comprensión objetiva de la Historia de la Salvación, interpretación subjetiva de la liturgia; divorcio creciente entre liturgia y catequesis; tendencia a colocar como objeto de la catequesis la sistematización del Mensaje en lugar de la presentación bíblica del mismo. Estas deficiencias, empero, no resultaron a la sazón muy graves, ya que el ambiente de cristiandad suplía lo que la catequesis no alcanzaba a dar. La crisis vendría en los siglos XIV y XV, al deshacerse la cristiandad.

En cuanto a la pedagogía catequética, el Concilio de Tortosa de 1429 aporta una gran novedad: por primera vez, los pastores mandan elaborar un texto de "catecismo" para que sea aprendido por los niños. Con ello se instaura la memorización como gran método, que continuará largo tiempo en la historia de la catequesis.

Este ambiente catequístico fue el que impregnó el inicio de la

evangelización en el continente latinoamericano. El método era plenamente memorístico. La catequesis se reducía única y exclusivamente a aprender de memoria un programa mínimo repetido sin cesar. La catequesis adolecía de los mismos defectos de la de Europa: exceso de memorización, insuficiente comprensión de las fórmulas doctrinales y pobreza dogmática. Con todo, como novedad positiva, vale reconocer que los catequistas supieron emplear la liturgia, con lo cual renacía, en algún sentido, el espíritu del catecumenado.

Hacia la renovación de la catequesis

Saltando etapas de la historia, voy a recoger los esfuerzos de renovación catequética que se han ido realizando en la época moderna antes del Concilio Vaticano II, en contrapunto con la catequesis moralizante y memorística que se había establecido y se mantenía.

Bajo la influencia de la reforma protestante, Johann Michael Sailer (1751-1832) descubre en plena Ilustración los defectos de la pastoral y de la catequesis del s. XVIII y busca nuevos caminos. Se preocupa primeramente por encontrar el auténtico Mensaje y luego, en función de él, por estructurar el método. Empieza Sailer por recomendar el estudio de la Sagrada Escritura y reconoce que el gran tema de esta es el "Reino de Dios". Vuelve, pues, a considerar la Palabra de Dios como un todo, cuya espina dorsal es el "designio salvador de Dios", que se realiza por sus intervenciones en la historia.

En resumen, Sailer vuelve a la concepción bíblico-patristica sobre el contenido del "mensaje" y sobre el papel del catequista: un mensajero que proclama a "Cristo, Dios y Salvador del mundo pecador".

Sailer influyó hondamente en Johann Sebastian Drey (1777-1835), fundador de la Escuela de Teología Católica de Tubinga, la cual inició un importante movimiento de teología positiva y de historia de la Iglesia.

En este mismo contexto histórico debemos situar a Johann Baptist von Hirscher (1788-1865), quien trata de adaptar la catequesis según los nuevos aportes de la teología positiva. Guiado por los Padres de la Iglesia, descubre el papel fundamental de la Sagrada Escritura en la catequesis. Comprende que todo el Mensaje ha de trabarse firmemente alrededor del "misterio de Cristo", como tema central, y no alrededor de las exigencias del hombre cristiano, como sucedía en la catequesis postridentina, prolongadora del antropocentrismo medieval. Al igual

que Sailer, Hirscher reacciona contra la excesiva influencia de la teología escolástica en la catequesis y contra la desorganización en la presentación del Mensaje.

Para Hirscher, la catequesis está calcada sobre la Sagrada Escritura y ésta en el fondo es una historia. Para Hirscher, como para Sailer, el primer y gran problema catequético del momento es la pureza del Mensaje salvador, que se debe proclamar. Por desgracia, esta renovación, auténticamente bíblica y genuinamente patrística, resultó un fracaso debido en parte a algunos errores de la Escuela de Tubinga. Como reacción a esta se insiste en que la catequesis debe buscar su inspiración en la teología escolástica. Los catecismos del P. Joseph Deharbe, S.J. (1800-1871), dentro de esta orientación escolástica, tuvieron un gran éxito y pronto sus obras llegaron a ser el texto oficial para Alemania y, adaptadas, lo fueron para todos los países católicos. Se trata de manuales de catequesis con preguntas y respuestas, sobre los cuales se inspiran las "Doctrinas" de los PP. Astete y Ripalda, S.J., tan difundidas en América Latina hasta el Concilio Vaticano II.

Los catequistas, al interrogarse sobre el fracaso del gigantesco esfuerzo del s. XIX por proclamar el Mensaje de Cristo, comenzaron a descubrir que los métodos empleados en su transmisión resultaban anticuados. Era preciso, por tanto, asimilar las nuevas técnicas pedagógicas y adaptarlas a la catequesis, en todo lo que tenían de positivo.

Frederik Fröbel (1782-1852) descubre que una de las características del alma infantil es la actividad espontánea. La pedagogía, en consecuencia, debe emplear los juegos en la enseñanza. Por su parte, Johann Frederik Herbart (1776-1814), contemporáneo del anterior, aporta un fundamento científico a la pedagogía. Herbart dice que la inteligencia del niño procede ante todo por asociación, y no por vía de análisis como en los adultos. En cuanto a la "formación", es fundamental despertar interés por el bien y la verdad. Como el niño es eminentemente activo, la pedagogía debe hacer participar activamente a los alumnos. Un tercer renovador de la pedagogía moderna, el norteamericano John Dewey (1859-1952), aporta a la educación dos contribuciones originales. En primer lugar, la actividad del niño debe ser en sociedad con otros, "en equipo". En segundo lugar, el fin de la pedagogía es "formar para la vida". La "información" misma debe tender hacia lo vital.

Todos estos aportes pedagógicos han contribuido a la renovación de la catequesis en nuestro siglo, al reconocer los errores cometidos en la práctica anterior.

En 1912 se reunió el Congreso Catequístico de Viena. Allí fue aprobada la nueva pedagogía catequética, que tomó el nombre de "método psicológico de Munich". Brevemente se lo puede enunciar así: el catequista expone, primero, el tema. No procede en forma abstracta, como antes, sino de manera concreta, con un ejemplo o historia. En ese elemento el niño intuye, aunque confusamente, una realidad. Luego el catequista, partiendo del caso concreto expuesto, explica la verdad escondida en esta historia. Finalmente se relaciona la verdad encontrada con la vida práctica.

En cuanto al contenido del Mensaje, el método de Munich mantuvo el enfoque del s. XIX. Lo que sí cambia ahora es el papel de la Sagrada Escritura. Esta deja de ser un mero argumento probatorio, "autoridad", para transformarse en encarnación del Mensaje, recuperando en alguna medida el sentido que la Palabra de Dios tenía para los Padres de la Iglesia. Con todo, aún se está muy lejos de los Padres, pues la historia servirá al catecismo y no el catecismo a la historia. La catequesis se mantenía aún dentro de la óptica del s. XIX: perfeccionamiento de la pedagogía y enfoque antropocéntrico del Mensaje.

En el Congreso Catequístico de Munich (1928) se da un nuevo paso con el redescubrimiento del valor de la liturgia. La profunda pedagogía religiosa de los ritos, que exigen sentido de lo sagrado, participación activa, conciencia comunitaria, etc., comenzaba lentamente a renacer. Sin embargo, hacia 1930 todavía se mantenía el horizonte del s. XIX. Se había perfeccionado la técnica pedagógica, pero no se había buscado un enfoque radicalmente nuevo del Mensaje.

A partir de 1945, la metodología catequética da otro paso adelante con el llamado *catecismo progresivo*. La progresión no ha de seguir los pasos del desarrollo de la inteligencia, sino del crecimiento de la asimilación vital. El Mensaje se entrega todo entero desde un principio, pero en cada una de las etapas el niño ha de descubrir un nuevo aspecto de la Buena Nueva. En la catequesis progresiva el fin específico es siempre la transmisión del Mensaje, pero en forma tal que este haga crecer la fe viva en los niños.

La catequesis progresiva aporta tres novedades. En primer lugar, es el contenido del Mensaje el que determina la técnica para entregarlo, y no al revés, como antes. Para la catequesis progresiva, la Palabra de Dios es una Historia de la Salvación, en la cual Dios va revelándose con más claridad y el pueblo fiel, creciendo en perfección religiosa. En

segundo lugar, el programa progresivo deja de ser un mero resumen de teología escolástica, para estructurarse en sus grandes líneas de acuerdo con el Mensaje, tal como aparece en la Biblia y en la liturgia. En tercer lugar, el concepto de fe se ha enriquecido. Según la idea bíblico-patrística, la fe no es mera afirmación de verdades, sino también, y en primer lugar, entrega total del hombre a Dios. Así la catequesis resulta más encarnada en el existir cristiano y más apta para hacer crecer la fe viva.

Con la encíclica *Divino afflante Spiritu* (1945), el Papa Pío XII concede a los exégetas amplia libertad en sus estudios históricos y literarios. La renovación bíblica va a repercutir en la catequesis. La estructuración de los programas catequéticos en base a la Historia de la Salvación y la subordinación de la técnica pedagógica al contenido del Mensaje datan precisamente de 1945.

Es también en esa fecha cuando no sólo la Sagrada Escritura, sino también la liturgia dejan de ser algo reservado a especialistas e intelectuales y toman un carácter popular. Fue por entonces cuando se dieron los primeros pasos para permitir mayor cabida a la liturgia en la catequesis.

El nuevo enfoque de la patrología unido a la renovación bíblico-litúrgico-catequética suscitó el *problema de la teología "kerigmática"*. Dicha teología repercutió en la catequesis. La proclamación del Mensaje no puede estructurarse a la manera de los tratados de teología. Catequesis y teología científica son diferentes, porque diferentes son sus fines. El centro de la enseñanza catequética es Cristo, y la mejor manera de captar la persona de Cristo es seguir fielmente sus pasos. El cristianismo vuelve a aparecer primeramente como una historia. La persona de Cristo debe iluminar y relacionar todos los elementos del Mensaje. En la catequesis kerigmática, el lenguaje se vuelve más concreto por una mayor fidelidad al auténtico Mensaje.

Es interesante destacar que la fidelidad a las exigencias del Mensaje repercute en una mayor adaptación al pensamiento contemporáneo tan sensible al valor de lo histórico, al sentido de lo comunitario y a la importancia de lo vital y concreto.

Un modelo de catequesis renovada es el "Catecismo Católico de las diócesis alemanas" (1955). Dicho texto de catecismo kerigmático, anterior al Vaticano II, repercutió positivamente en las demás iglesias de Europa y de América Latina y aun en territorios de misión.

2. CATEQUESIS E HISTORIA SEGUN EL MAGISTERIO

El fruto del mejor conocimiento de la Biblia y de la renovación de la catequesis operada en el último siglo será recogido en el Concilio Vaticano II. Documentos como *Dei Verbum*, *Gaudium et spes* y *Ad gentes* ofrecen lo más valioso de la renovación realizada en cuanto a la evangelización y la catequesis. Como resultado del espíritu del Concilio vendrían posteriormente otros documentos valiosos, como *Evangelii nuntiandi*, *Catechesi tradendae*, los documentos de Medellín y Puebla, las *Líneas comunes de orientación para la catequesis en América Latina*, el *Documento de Quito*, y otros.

El sintetizar el aporte del Magisterio actual en torno a la evangelización y la catequesis supera ampliamente el objetivo de este trabajo. Con todo, vale resaltar lo que representan elementos ampliamente difundidos por el Concilio Vaticano II y por los documentos posteriores del Magisterio, como la centralidad de Jesucristo en la vida de la Iglesia, la causa del Reino de Dios, la difusión de la Palabra de Dios, la insistencia en que la evangelización es la tarea primordial de la Iglesia, la importancia creciente de la comunidad como fuente, lugar y meta de la catequesis, el reconocimiento de los valores de cada cultura (con las "semillas del Verbo", AG 11), la participación y responsabilidad de los laicos en la tarea evangelizadora, la historia humana como historia de la salvación, etc. Todo ello se enmarca en la mejor tradición catequética de la Iglesia, concretamente en la catequesis apostólica y patrística. Ateniéndonos, con todo, al objetivo de este trabajo, vamos a ofrecer sólo una selección de textos significativos que tocan, básicamente, aspectos de la relación entre catequesis e historia, tratando de ver en esta un lugar teológico inspirador de la catequesis.

- *El plan de la revelación se realiza por hechos y palabras intrínsecamente ligados; las obras que Dios realiza en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan; a su vez, las palabras proclaman las obras y explican su misterio (DV 2).*
- *Cuando llegó la plenitud de los tiempos (cfr. Gál 4,4), la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, llena de gracia y de verdad (cfr. Jn 1,14)". Cristo estableció en la tierra el reino de Dios, se manifestó a sí mismo y a su Padre con obras y palabras, llevó a cabo su obra muriendo, resucitando y enviando al Espíritu Santo. Levantado de la tierra, atrae a*

todos hacia sí (cfr. Jn 12,32 gr.), pues es el único que posee palabras de vida eterna (cfr. Jn 6,68) (DV 17).

- *Aunque el mismo Dios es Salvador y Creador, e igualmente Señor de la historia humana y de la historia de la salvación, sin embargo, en esta misma ordenación divina, la justa autonomía de lo creado, y sobre todo del hombre, no se suprime, sino que más bien se restituye a su propia dignidad y se ve en ella consolidada (GS 41,2).*
- *Esta (la Iglesia), desde el comienzo de su historia, aprendió a expresar el mensaje cristiano con los conceptos y en la lengua de cada pueblo y procuró ilustrarlo además con el saber filosófico. Procedió así a fin de adaptar el Evangelio al nivel del saber popular y a las exigencias de los sabios en cuanto era posible. Esta adaptación de la predicación de la palabra revelada debe mantenerse como ley de toda la evangelización (GS 44,2).*
- *“El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones. El es aquel a quien el Padre resucitó, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y de muertos. Vivificados y reunidos en su Espíritu, caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana, la cual coincide plenamente con su amoroso designio: “Restaurar en Cristo todo lo que hay en el cielo y en la tierra” (Ef 1,10)” (GS 45,2).*
- *Dios, para establecer la paz o comunión con El y una fraterna sociedad entre los hombres pecadores, dispuso entrar en la historia humana de modo nuevo y definitivo, enviando a su Hijo en carne nuestra, a fin de arrancar por El a los hombres del poder de las tinieblas y de Satanás (cfr. Col 1,13; Hch 10,38) y en El reconciliar consigo al mundo (cfr. 2 Co 5,19) (AG 3,1).*
- *Familiarícense con sus tradiciones nacionales y religiosas; descubran, con gozo y respeto, las semillas de la Palabra que en ellas se contienen (AG 11).*
- *La evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que, en el curso de los tiempos, se*

establece entre Evangelio y vida concreta, personal y social (EN 29).

- *Puede decirse que el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización... Pero se puede decir igualmente que El es el término de la evangelización... A través de El, la evangelización penetra en los corazones, ya que El es quien hace discernir los signos de los tiempos -signos de Dios-, que la evangelización descubre y valoriza en el interior de la historia (EN 75,8).*
- *Hay que subrayar, en primer lugar, que en el centro de la catequesis encontramos esencialmente una Persona, la de Jesús de Nazaret, "Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad" (Jn 1,14), que ha sufrido y ha muerto por nosotros y que ahora, resucitado, vive para siempre con nosotros. Jesús es "el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14,6), y la vida cristiana consiste en seguir a Cristo, en la sequela Christi (CT 5).*
- *La vida entera de Cristo fue una continua enseñanza: su silencio, sus milagros, sus gestos, su oración, su amor al hombre, su predilección por los pequeños y los pobres, la aceptación total del sacrificio en la cruz por la salvación del mundo, su resurrección, son la actuación de su palabra y el cumplimiento de la Revelación' (CT 9)...La catequesis extraerá su contenido de la fuente viva de la Palabra de Dios, transmitida mediante la Tradición y la Escritura, dado que "la Tradición y la Escritura constituyen el depósito sagrado de la Palabra de Dios, confiado a la Iglesia (CT 27).*
- *Es importante explicar que la historia de los hombres, con sus aspectos de gracia y de pecado, de grandeza y de miseria, es asumida por Dios en su Hijo Jesucristo y 'ofrece ya algún bosquejo del signo futuro' (GS 39). Es importante, finalmente, revelar sin ambages las exigencias hechas de renuncia mas también de gozo, de lo que el Apóstol Pablo gustaba llamar vida nueva (Rm 6,4), creación nueva (2 Co 5,17), ser o existir en Cristo (cfr. ib.), vida eterna en Cristo Jesús (Rm 6,23), y que no es más que la vida en el mundo, pero una vida según las bienaventuranzas y destinada a prolongarse y a transfigurarse en el más allá (CT 29,4).*
- *Es importante tener en cuenta en todo momento la originalidad fundamental de la fe. Cuando se habla de pedagogía de la fe,*

no se trata de transmitir un saber humano, aun el más elevado; se trata de comunicar en su integridad la Revelación de Dios. Ahora bien, Dios mismo, a lo largo de toda la historia sagrada y principalmente en el Evangelio, se sirvió de una pedagogía que debe seguir siendo el modelo de la pedagogía de la fe. En catequesis, una técnica tiene valor en la medida en que se pone al servicio de la fe que se ha de transmitir y educar; en caso contrario, no vale (CT 58,2).

- *Se dan determinadas concepciones que, intencionadamente, ponen el acento sobre el Reino y se presentan como "reino-céntricas", las cuales dan relieve a la imagen de una Iglesia que no piensa en sí misma, sino que se dedica a testimoniar y servir al Reino...*

Junto a unos aspectos positivos, estas concepciones manifiestan a menudo otros negativos. Ante todo, dejan en silencio a Cristo: el Reino, del que hablan, se basa en un "teocentrismo", porque Cristo -dicen- no puede ser comprendido por quien no profesa la fe cristiana, mientras que pueblos, culturas y religiones diversas pueden coincidir en la única realidad divina, cualquiera que sea su nombre (RM 17).

- *Ahora bien, no es éste el Reino de Dios que conocemos por la Revelación, el cual no puede ser separado ni de Cristo ni de la Iglesia... Si se separa el Reino de la persona de Jesús, no existe ya el Reino de Dios revelado por él, y se termina por distorsionar tanto el significado del Reino -que corre el riesgo de transformarse en un objetivo puramente humano o ideológico- como la identidad de Cristo, que no aparece ya como el Señor, al cual debe someterse todo (cfr. 1 Co 15,27) (RM 18).*

- *Sin caer en confusiones o en identificaciones simplistas, se debe manifestar siempre la unidad profunda que existe entre el proyecto salvífico de Dios, realizado en Cristo, y las aspiraciones del hombre; entre la historia de la salvación y la historia humana; entre la acción reveladora de Dios y la experiencia del hombre; entre los dones y carismas sobrenaturales y los valores humanos. Excluyendo así toda dicotomía o dualismo en el cristiano, la catequesis prepara la realización progresiva del Pueblo de Dios hacia su cumplimiento escatológico, que tiene ahora su expresión en la liturgia (Med. 8.4).*

- *Las situaciones históricas y las aspiraciones auténticamente humanas forman parte indispensable del contenido de la catequesis. Y deben ser interpretadas seriamente dentro de su contexto actual, a la luz de las experiencias vivenciales del Pueblo de Israel, de Cristo, y de la comunidad eclesial, en la cual el Espíritu de Cristo resucitado vive y opera continuamente (Med. 8.6).*
- *La catequesis debe iluminar con la Palabra de Dios las situaciones humanas y los acontecimientos de la vida para hacer descubrir en ellos la presencia o la ausencia de Dios (DP 997).*
- *La revelación es un conjunto de hechos y palabras que se iluminan recíprocamente. El ministerio de la Palabra debe anunciar tales hechos y palabras de tal manera que esclarezcan y comuniquen los profundos misterios contenidos en ellos. Así el ministerio de la Palabra, además de recordar las obras admirables realizadas por Dios en el pasado y que encuentran en Cristo su cumplimiento, interpreta también, a la luz de esta revelación, la vida humana de nuestro tiempo, los signos de los tiempos y las realidades de este mundo, en cuanto en ellos se actualiza el plan de Dios para la salvación del hombre (Directorio catequístico general, 11).*
- *La economía de la salvación se realiza en el tiempo: pues empezó y progresó en el pasado, actúa su fuerza en el presente y espera su consumación en el futuro. Por eso es necesario que en la catequesis aparezca la memoria del pasado, la conciencia del presente y la esperanza de la vida futura...*

Por eso la catequesis recuerda el acontecimiento supremo de toda la historia de la salvación, con el cual los cristianos se unen por la fe: la Encarnación, la Pasión, la Muerte y Resurrección de Cristo. Además, la catequesis hace conocer a los cristianos cómo el misterio salvífico de Cristo actúa hoy por el Espíritu Santo y el magisterio de la Iglesia, así como sus obligaciones para con Dios, para consigo mismos y para con el prójimo...

La catequesis, por último, dispone el corazón a la esperanza de la vida futura -consumación de toda la historia de la salvación- y hacia la cual los cristianos deben tender con confianza filial,

pero no sin un santo temor del juicio divino (Directorio catequístico general, 11).

En la historia de nuestros pueblos, el Cristo que proclamamos en el ministerio de la catequesis, es el "Enmanuel", el Dios con nosotros, que comparte nuestro camino en la vida, y nos libera del pecado y de toda servidumbre...

Nuestra catequesis presenta a Cristo resucitado que actúa hoy en nuestra realidad. Su presencia salvadora en las situaciones históricas y en las aspiraciones auténticamente humanas (Med. 8,6) del hombre latinoamericano, a quien lleva a discernir, con firmeza en la fe, esta presencia, a aceptarla, a explicitarla en el seno de la comunidad cristiana como signo de su permanente conversión al Señor... Estamos convencidos de que la persona de Jesucristo, centro de nuestra catequesis, nos invita:

- a. A descubrir plenamente su presencia: en el hombre, en el testimonio, en la comunidad (pastores y fieles), en la historia.*
- b. A celebrarla en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía, cumbre y fuente de nuestro quehacer catequístico...*

María, madre de Jesús y madre de la Iglesia, ha de tener siempre un lugar importante en nuestra catequesis. Ella en efecto participa en la obra salvadora de su Hijo, y ha estado presente en nuestra historia como signo de esperanza cierta para el pueblo latinoamericano, que peregrina entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios (LG 8) (Documento de Quito, 6).

La Palabra de Dios, fuente y alma de la catequesis, convoca, construye y alienta la comunidad. Por tanto, nuestra catequesis tendrá siempre presente la Palabra de Dios para ayudar a la comunidad a leer su propia vida, sus valores, cultura y situaciones concretas, a la luz de la Palabra de Dios y a interpretarlas como historia de la salvación...

La lectura y el estudio bíblico no es solamente un instrumento para la tarea catequística sino también fuente de espiritualidad y de maduración de la Fe para los catequistas y para la comunidad" (Directorio catequístico general, 7).

- *La peculiaridad en la formación de los catequistas latinoamericanos debe enfatizar los siguientes aspectos:*

Servicio fiel de la Palabra de Dios, con capacitación para leer en atenta escucha la intervención de Dios dentro de la historia compleja del pueblo latinoamericano y para poder anunciar: hoy se cumple esta escritura delante de nosotros (Lc 4,12)
(Directorio catequístico general, 13).

3. LA HISTORIA COMO LUGAR TEOLOGICO DE LA CATEQUESIS

En este apartado, donde se desarrolla el tema central del presente trabajo, deseo recoger primeramente las enseñanzas de la historia de la catequesis, para exponer en un segundo momento los grandes principios teológicos que habrán de ser tenidos en cuenta para que la catequesis se inspire constantemente en la tradición apostólica y patristica.

Enseñanzas de la historia de la catequesis

La historia de la catequesis nos muestra que existen básicamente dos estilos de educación en la fe: 1) catequesis como *memoria* de la Historia de la Salvación; 2) catequesis moralizante y memorística. Entresacamos los elementos relevantes de estos dos estilos de catequesis, tomando como eje de comparación implícita su relación a la Historia de la Salvación.

Catequesis como "memoria" de la Historia de la Salvación

La catequesis apostólica y patristica es, sobre todo, "memoria de la Historia de la Salvación". La referencia de la catequesis a la historia no es un aspecto extrínseco ni secundario sino esencial. Los momentos más fecundos de la catequesis del Medioevo y los esfuerzos de renovación de la catequesis que llegan hasta nuestros días, se inspiran en el modelo apostólico y patristico, al recuperar el sentido de la catequesis como "memoria".

Después de haber resaltado este carácter fundamental de la catequesis como "memoria", presento los elementos principales que entrafia y que están perfectamente trabados sobre el eje de la Historia de la Salvación en Cristo.

La catequesis consiste en el anuncio de las intervenciones de Dios en la historia de la humanidad y, sobre todo, en el anuncio del gran acontecimiento salvífico de la muerte y resurrección de Cristo. Esto se explicita en el "kerigma", como anuncio básico de la salvación en Cristo. Es una catequesis cristológica, que pone el centro del Mensaje en el anuncio de una persona, Jesucristo (su vida, muerte y resurrección).

El sentido histórico de la catequesis alcanza a todas sus dimensiones. De ahí la referencia permanente de la Iglesia primitiva al Antiguo Testamento, que es la historia de las intervenciones salvíficas de Dios con su pueblo Israel. La lectura del Antiguo Testamento se hará en referencia a Jesucristo, quien da unidad a la historia. La Biblia no es considerada como una simple "autoridad" probatoria de una doctrina, sino como verdadera Historia de la Salvación. En esto consiste la auténtica catequesis bíblica.

El Mensaje evangélico es universal y, por ende, debe llegar al hombre concreto, resonando dentro de su cultura. La universalidad del Evangelio se va a medir en la Iglesia primitiva por su capacidad de adaptación a la cultura greco-latina. Para ello debió enfrentarse a los judaizantes, que entendían la universalidad como uniformidad y cerraban el ámbito de la Historia de la Salvación. Con esta apertura se reconocía implícitamente que todo pueblo pertenece a dicha Historia aun antes de recibir la luz del Evangelio; tiene "semillas del Verbo". La evangelización parte de este supuesto.

Otra gran enseñanza es la necesaria relación entre catequesis y liturgia. La catequesis como *memoria* se vincula a la liturgia como *memorial* ("recuerdo que actualiza") de la muerte de Cristo en la Eucaristía y de la acción salvadora de Dios en Cristo en todos los sacramentos.

La acción de Dios en la historia es la fuente de la catequesis. Por ello, el anuncio del Mensaje de salvación va en primer lugar; todo lo demás se refiere a él: la metodología, la adaptación del lenguaje y la misma vida moral. Es interesante observar la espontaneidad de los Padres de la Iglesia al interpretar los hechos del Antiguo Testamento como tipo del Nuevo Testamento. Es un recurso metodológico que nos revela la continuidad de la Historia de la Salvación.

Caben destacar otras muchas enseñanzas fundamentales en este tipo

de catequesis que pone su centro en la Historia de la Salvación. La Iglesia como tal es la encargada de continuar la misión de Cristo y lo hace, ante todo, como comunidad de seguidores de Jesús. El testimonio de vida comunitaria y fraterna es el gran signo que hace aumentar la comunidad de los creyentes (cfr. Hch 2,47). La pedagogía de la fe consiste en anunciar el designio amoroso de Dios en la historia, invitando a responder al amor con amor; esto es la conversión, que conlleva el seguimiento comunitario de Jesucristo. No es una pedagogía para la instrucción, sino para la conversión al seguimiento del Señor. La catequesis, centrada en la Historia de la Salvación, tiene como objetivo fundamental acoger y extender el Reino de Dios en la historia humana e invitar a formar parte de la Iglesia (comunidad de los seguidores de Jesús) como signo del Reino anunciado por Cristo.

Catequesis moralizante y memorística

Por contraste con el estilo anterior de educación en la fe, tenemos la catequesis moralizante y memorística. Ya no es la catequesis como "memoria de la Historia de la Salvación" sino como "memoria de un cuerpo de doctrina". Recojo en apretada síntesis los aspectos más relevantes de la misma. Es una catequesis que ha perdido el sentido de la historia. Reconozco que toda síntesis tiene peligro de caricatura, pero nos ayuda a situar lo fundamental.

Se pierde arraigo en la Historia de la Salvación; esta queda reducida a "historia sagrada", como colección de relatos que se aprenden de memoria, pero sin incidencia en la vida. Se desconoce la Biblia o, a lo sumo, es utilizada como "autoridad" para probar la doctrina. Interesa más la sistematización del Mensaje que la presentación bíblica del mismo. La vida de Jesús se reduce a una serie de anécdotas, como ilustrativas de un comportamiento moral. Hay una insistencia en los intereses personales y subjetivos del hombre; es una catequesis antropocéntrica, de carácter moralizante. Se da un divorcio entre la catequesis y la liturgia. Se acentúa el individualismo y se pierde el sentido de comunidad. Se presenta la fe como creer "*lo que* Dios nos ha revelado", no como "*creer en* Jesucristo", Palabra de Dios que revela el amor del Padre. Se instaura la memorización de la doctrina como método pedagógico. Como resultado final, falta la referencia central a Jesucristo, quien con su vida, muerte y resurrección nos salva. El seguimiento de Jesucristo no es el objetivo principal de la catequesis, sino el aprendizaje memorístico de las verdades reveladas.

Después de describir los rasgos fundamentales de la catequesis moralizante y memorística, vale subrayar la pérdida del sentido de la historia como causa del cambio operado.

Si bien la filosofía griega había penetrado en la Iglesia desde la época patrística, a través de Platón y sus discípulos, no por ello se perdió el sentido de la historia, esencial al cristianismo. Fue en la Edad Media, al descubrirse el pensamiento de Aristóteles, cuando se dio un cambio notable en cuanto a la teología. La filosofía aristotélica habla en clave de esencias universales y abstractas, para llegar a la ciencia. Este modelo inspiró la teología eclesiástica e influyó decisivamente en la catequesis. La filosofía griega no tenía sentido de la historia, que fue, en cambio, el gran aporte de la cultura judía. Aquí radica históricamente una de las causas principales que explican los defectos de la pastoral y la catequesis a partir de la época de la decadencia de la Edad Media hasta el Vaticano II.

En referencia a la hipótesis inicial de que la historia de la catequesis es lugar teológico, podemos concluir ahora que dicha historia nos demuestra que, cuando la catequesis parte de la historia, se hace medio fecundo de educación en la fe; mas cuando se aleja de la historia, se empobrece. Con ello se confirma la hipótesis inicial.

Principios teológicos

En este apartado trataré de presentar los principios teológicos que nos llevan a reconocer y desarrollar que "la historia es lugar teológico inspirador de la catequesis". La fuente principal de esta reflexión es la Palabra de Dios, aun sin hacer un estudio bíblico en sentido propio; me limitaré a presentar algunas citas pertinentes. Tendré asimismo en cuenta el Magisterio actual, del cual he entresacado antes algunas citas que corresponden al tema. Aun cuando no haya referencias puntuales en todos los casos, el Magisterio estará siempre presente como fundamentación de este trabajo.

Cristo, centro de la Historia de la Salvación

Cristo, como centro de la Historia de la Salvación, es el primer principio teológico que sustenta el tema que nos ocupa. "Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, el cual nació de mujer y fue sometido a la Ley, con el fin de rescatar a los que estaban

9. A. ETCHEGARAY CRUZ, "Kerigma y teología de la evangelización en el *De catechizandis rudibus*", Tradición y originalidad, en *Augustinus XVI* (1971) 58.

sometidos a la Ley, para que así llegáramos a ser hijos adoptivos de Dios" (Ga 4,4). Cristo es Señor de la historia humana y de la Historia de la Salvación (cfr. GS 41). "Al estar Cristo colocado en el centro de la historia de la salvación, esta adquiere con ello su unidad"⁹.

La historia, según consta por las Sagradas Escrituras, es el principal lugar teológico en Jesucristo, nacido de mujer. En la plenitud de los tiempos aconteció esta comunicación definitiva de Dios. Con ello se nos hace entender que toda la historia humana está transida de la presencia de Dios en el Hijo, que ha tomado carne humana. Ya el pueblo de Israel fue capaz, con la luz de la revelación, de leer la historia como *historia sagrada*. Su visión era aún limitada, pues sólo alcanzaba a reconocer la acción de Dios con el pueblo elegido. En Cristo, en cambio, queda asumida toda la historia humana y penetrada de su presencia como Historia de la Salvación. El Señor es el fin de la historia humana y punto de convergencia de toda la humanidad (cfr. GS 45).

Este gran principio sustenta la unidad profunda entre la Historia de la Salvación y la historia humana. No vale verlas como dos historias o realidades separadas, sino como dos dimensiones de un mismo proyecto divino. De ahí, pues, debe excluirse toda dicotomía o dualismo en el cristiano (cfr. Med. 8.4).

Siendo esto así, la catequesis como educación en la fe arranca de la Historia de la Salvación y nos hace penetrar en ella. En el lugar central de la catequesis habrá de estar el acontecimiento salvífico realizado en Cristo, nuestro Salvador. La catequesis no puede menos de ser cristocéntrica. El Mensaje principal consiste en anunciar la Persona de Jesucristo (cfr. CT 5). Desde El se abre a todas las manifestaciones de Dios en la historia humana, vistas como verdaderas hierofanías. El objetivo principal de la catequesis es el seguimiento de Jesucristo, que tiene como sustento su historia concreta desde Belén hasta la cruz.

Esta perspectiva lleva a descubrir el papel protagónico de la Biblia y la Tradición para la catequesis. Ellas son la principal *memoria* cristiana, fuente y alma de la catequesis. Dicha perspectiva nos conduce asimismo a descubrir la necesidad de conocer la vida concreta de Jesús de Nazaret. En toda ella se nos revela el amor y el designio salvador de Dios. Ante la polémica surgida sobre el Jesús histórico y el Cristo de la fe, el cristiano tiene que hacer una síntesis vital. Sin el Jesús histórico se desvanece el Cristo de la fe, por más que no sea el conocimiento biográfico el que la sustente. Dios se ha hecho historia

en su Hijo Jesucristo; sólo en y desde la historia se da acceso pleno a Dios y a su plan de salvación.

Hay una cuestión importante que atañe al sentido de la acción humana en la historia: es la relación entre el Reino de Dios y la persona de Jesucristo. Viene a ser un corolario de lo que acabamos de exponer. El Papa Juan Pablo II hace una reflexión pertinente al respecto. No se puede separar el Reino de Dios de la persona de Jesús so pena de distorsionar su significado y de vaciarlo de contenido (cfr. RM 18). Esta separación podría llevar a la postre a un pelagianismo de nuevo cuño. Tal postura es consecuencia de un "teocentrismo" que desconoce la acción de Dios en la historia y considera la creencia en El como mero fruto de la razón humana.

La realidad, lugar teológico

En Cristo, la historia se hace verdadero lugar teológico, acabamos de decir. De aquí deducimos, pues, que en Cristo y por Cristo, la realidad -especialmente la realidad humana- es lugar teológico según el plan de Dios. Este principio, que viene a ser una consecuencia del anterior, en la práctica encuentra muchas resistencias, cual si nos llevara inevitablemente a un peligroso horizontalismo.

El Magisterio actual avala sin duda este principio teológico. Valgan algunas referencias: el Concilio Vaticano II nos familiarizó con la expresión "signos de los tiempos" (cfr. GS 11) y "semillas del Verbo" (cfr. AG 11); otros documentos abundan en las mismas ideas y expresiones (cfr. EN 75; Directorio catequístico general, 11). La economía de la salvación se realiza en el tiempo (cfr. Directorio catequístico general, 44). De ahí que "las situaciones históricas y las aspiraciones auténticamente humanas forman parte indispensable del contenido de la catequesis" (Med. 8.6). El ministerio de la Palabra interpreta a la luz de la fe la vida humana de nuestro tiempo y las realidades de este mundo (cfr. Directorio catequístico general, 11). La realidad es lugar teológico, en primer lugar, porque Dios se comunica al hombre en la historia. Esta es, por consiguiente, lugar de comunicación de Dios, o sea, lugar de gracia y, por ende, lugar teológico. En segundo lugar, es también lugar teológico en un sentido derivado y opuesto: como rechazo del plan de Dios por el pecado humano. La catequesis tiene como función descubrir en los acontecimientos de la vida la presencia o la ausencia de Dios (cfr. DP 997).

Con la expresión "signos de los tiempos", el Concilio Vaticano II nos sugiere que Dios nos habla hoy a través de ellos. La historia nos

trae problemas nuevos, a los que debemos responder a la luz de la fe. En consonancia con esto nos dice Pablo VI que la evangelización debe tener en cuenta la relación que se da dentro la historia entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social (cfr. EN 29). El Papa Juan Pablo II se mueve en esta onda, al pedir una evangelización nueva "en su expresión" (cfr. XIX Asamblea Plenaria del Celam, Haití 1983).

La Iglesia, presencia del Resucitado en la historia

La Iglesia es el Cuerpo de Cristo y continuadora de su misión a lo largo de los tiempos (cfr. Mt 28,18-20; 1 Co 12,12; RM 39). Ella es la presencia visible de Cristo resucitado en la historia humana, encargada de ser signo (sacramento) del Reino de Dios. Esta es su identidad más profunda, sin que ello implique desconocer la realidad de pecado que se da en sus miembros. La resurrección del Señor fundamenta la Iglesia, y viceversa, la Iglesia fundamenta la fe en Cristo resucitado. Sin la Iglesia se desvanece la fe en la resurrección y, por tanto, vana sería nuestra fe (cfr. 1 Co 15,14).

La Iglesia va desvelando a lo largo de la historia el designio salvador del Padre en su Hijo Jesucristo por la acción del Espíritu Santo. Por ello la Iglesia católica sostiene la necesidad de la Tradición y del Magisterio, que proclaman la Palabra de Dios contenida en las Sagradas Escrituras.

La fe cristiana descansa en la aceptación de la tradición -entrega- que la comunidad creyente hace de Cristo, quien a su vez fue "entregado", igualmente, por los apóstoles a las generaciones siguientes. La fe cristiana, en consecuencia, no puede no ser "tradicional"; es una fe siempre "entregada"¹⁰.

La catequesis debe tener en cuenta la Iglesia en su dimensión de "Misterio" como sacramento de Cristo y en su dimensión "histórica", como pueblo de Dios formado por seres humanos. La infectibilidad de la Iglesia (cfr. Mt 16,18) no es sinónimo de inmovilismo, propio del ser inanimado o del objeto de museo, sino la manifestación de la fuerza del Espíritu Santo, que acompaña y protege a la Iglesia como organismo viviente enmarcado en las coordenadas espacio-temporales. Por ello la Iglesia es *semper reformanda* (cfr. LG 4 y 9; UR 4 y 6).

En la Iglesia, gran sacramento de Cristo, el Señor resucitado está

10. J.M. OCHOA, "La transmisión de la fe hoy: algunos criterios teológicos", en *Teología y Catequesis* 30 (1989) 217.

presente como fuente de vida y fuerza de unión. Por medio de ella, Cristo nos comunica la vida nueva de los hijos de Dios. La acción de la Iglesia halla su expresión privilegiada en la Eucaristía y en los demás sacramentos, por medio de los cuales Dios nos sale al encuentro en los momentos principales de nuestra vida.

Los sacramentos no repiten el Misterio de la salvación: lo actualizan para quienes se acercan a recibirlos con fe. Son *memorial* (conmemoración) de la acción salvadora de Dios. Conmemorar no es simplemente evocar el recuerdo de un acontecimiento del pasado; es referirse a él de una manera particular. Es hacer del acontecimiento pasado un “*memorial*”, es decir, es sentirse afectado por el acontecimiento¹¹. La Eucaristía, de modo particular, es el *memorial* de la muerte y resurrección del Señor. Este acontecimiento salvífico, plenitud de la obra salvadora, se prolonga a lo largo de la historia y se actualiza, especialmente, en la Eucaristía.

La catequesis dispone a la recepción de la Eucaristía y de los demás sacramentos (cfr. Documento de Quito, 6). Esta intuición teológica estuvo presente en la catequesis apostólica y patrística, que unían la educación en la fe con la liturgia. “La fe, para hacerse plena experiencia, debe ser celebrada en la Iglesia... Es, por tanto, esencial velar por la calidad de nuestra liturgia”¹².

Inculturación del Evangelio

Desde el comienzo de su historia, la Iglesia aprendió a expresar el Mensaje cristiano en el lenguaje y con los conceptos de cada pueblo, adaptándose incluso a las exigencias del pensamiento de los sabios. Esta adaptación es ley de toda la evangelización (cfr. GS 44).

Este problema, que hoy se expresa con el neologismo “*inculturación*”, es exigencia del carácter histórico de los pueblos y personas y de la misma evangelización. Por ser universal el Evangelio, debe adaptarse a la cultura de cada pueblo o, mejor aún, debe asumirla para fecundarla por encima de sus posibilidades.

La inculturación es un requisito necesario para la evangelización, según aquel principio expresado por San Ireneo: “lo que no se asume no se redime”. La evangelización, por su parte, es el objetivo último del

11. Cfr. Idem, 229.

12. Idem, 224.

proceso de inculturación. Ella aporta los valores evangélicos a las culturas y las ayuda a superarse en orden a la salvación proclamada por Jesucristo.

Si bien el término "inculturación del Evangelio" es reciente, la problemática de la inculturación llena la historia de la Iglesia, en particular de la Iglesia primitiva. Fue esta cuestión la que se debatió en primer término en el Concilio de Jerusalén. Frente a los judaizantes, que pretendían imponer la cultura judía a los gentiles que se convertían al cristianismo, el Apóstol Pablo plantea la transcendencia del Evangelio sobre la cultura judía y sobre cualquier cultura. La cuestión se resolvió en dicho Concilio (cfr. Hch 15,28-29).

El asunto de la inculturación vuelve a tomar nuevo impulso en la catequesis ante el auge de los pueblos y culturas indígenas del Continente. Aun cuando la mayoría de los indígenas han recibido el bautismo, queda como asignatura pendiente la inculturación y proclamación del Evangelio en y desde sus culturas.

Hay una doble vertiente que deseo enunciar: eclesiológica y teológica.

La vertiente eclesiológica queda expresada en el Vaticano II al hablar de la identidad de las iglesias particulares (cfr. LG 13; CH.D. 6; OE 4). Este asunto tiene que ver con la relación entre Iglesia universal e Iglesia particular. La Iglesia se hace universal, antes que por su extensión geográfica, por su apertura a todo pueblo y cultura, haciéndose *iglesia particular y autóctona*, sin dejar de ser universal.

La vertiente teológica nos lleva a estudiar la relación de esta problemática con los principales misterios cristianos: Encarnación, Pascua (muerte y resurrección) y Pentecostés.

Con frecuencia se insiste unilateralmente en el misterio de la Encarnación, buscando descubrir las semillas del Verbo presentes en toda cultura. Esto es muy válido, pero la evangelización no se detiene ahí. Ayuda a desarrollar y purificar los valores de cualquier cultura a la luz del misterio pascual. Supone muerte y resurrección, superando las limitaciones de toda cultura y desarrollando sus valores por encima de sus posibilidades.

En relación al misterio de Pentecostés se deben desarrollar aspectos fundamentales de la inculturación tales como: vitalidad y originalidad de las iglesias particulares, que se expresan a través de la formulación, la educación y la celebración de la fe; comunión y solidaridad entre las iglesias, formando la Iglesia Universal, etc.

Como aspecto histórico de especial relevancia vale recordar la apertura del cristianismo primitivo al mundo pagano. Llegó a acoger su cultura y su religiosidad y a integrar muchas de sus tradiciones y valores. Esta apertura impidió que la Iglesia se redujera a una secta judía. Es esclarecedor este punto ante el auge de las culturas indígenas y afroamericana y ante la cultura moderna y postmoderna. Por más que existan desviaciones y errores en las diferentes culturas, el Evangelio está abierto a todas ellas y exige inculturarse.

La inculturación del Evangelio nos lleva a valorar, asumir y purificar la religiosidad popular, como atmósfera propicia para la catequesis. La orientación de las devociones es un aspecto relevante. Entre estas se destaca la devoción a María, la Madre de Jesús, que ha estado siempre presente en la evangelización de América Latina. Esta gran devoción es uno de los lugares en que la dimensión histórica de la catequesis se ha mantenido presente. La devoción a María supone reconocer que Cristo, su Hijo, pertenece al género humano y en todo se hizo semejante a nosotros menos en el pecado (cfr. Hb 4,15).

Pedagogía de la fe

Cuando se habla de pedagogía de la fe, hay que tener en cuenta que no se trata de comunicar un saber humano, sino de comunicar el Mensaje revelado (cfr. CT 58). Su objetivo no es la mera información, por ej. por curiosidad científica. Se trata de invitar a la fe en el caso de los no cristianos o de educarla y avivarla en el de los bautizados. Se ha de seguir la pedagogía de que Dios mismo se valió a lo largo de toda la historia sagrada y principalmente en el Evangelio. La pedagogía de la fe supone el respeto de Dios mismo por la libertad humana y por los condicionamientos y momentos de la historia de cada pueblo y de cada persona.

Podemos recoger algunos rasgos de esta pedagogía divina: parte de hechos salvíficos, de "signos" que invitan a reconocer la acción y la misericordia de Dios (cfr. Ex 3,7-9; Jn 6,26; 9,1-3); se acredita por los hechos y cuenta con la autoridad del testigo (cfr. Mt 7,29); implica una preferencia por los pobres, los excluidos, los marginados (cfr. Jer 22,3; Mt 25,31-46); invita a acoger libremente la acción de Dios, pero no coacciona (cfr. Mt 19,16-24); es un llamado a responder generosamente (cfr. Lc 14,25-33); supone una gran paciencia (cfr. Mt 13,24-30); invita a formar la familia de los hijos de Dios, a vivir en comunidad (cfr. Mc 3,34-35; Hch 2,442-47); lleva a superar la dicotomía entre fe y vida (cfr. St 2,14-26).

No vamos a abundar en los muchos aspectos que conlleva esta pedagogía divina. Solamente quiero resaltar que Dios mismo, con inmensa paciencia, fue orientando al pueblo de Israel a lo largo de toda su historia, tolerando incluso muchas limitaciones, errores y aun

desviaciones, hasta que llegara la plenitud de los tiempos. A esto alude Jesús en el caso del matrimonio (cfr. Mt 19,4-9); pero se pueden multiplicar los casos.

Todo el Antiguo Testamento es el proceso de la paciencia divina. El Nuevo Testamento es el proceso del amor de Dios que se ha comunicado en plenitud y que invita a responder libremente a dicho amor. Si hubiera que calificar la pedagogía divina, cabría llamarla "*pedagogía histórica*", pues se acomoda a la historia concreta de las personas y los pueblos. Es todo lo contrario de la intransigencia, de la intolerancia, del rigorismo, del triunfalismo.

La transmisión de la fe no puede llevarse a cabo en clave de adoctrinamiento o de "conquista"; más bien debe facilitar un acceso personal y libre a la fe. Sería deseable que la transmisión de la fe respetara la historia, el transcurrir del tiempo, porque la libertad se educa en el tiempo¹³.

El Documento de Quito nos recoge en forma muy luminosa la pedagogía de la fe utilizada por Nuestro Señor:

La catequesis proclamada y vivida en la comunidad y por la comunidad es una etapa de la pedagogía de la fe utilizada por el Señor y en la historia de la Salvación. En efecto, Cristo nuestro Señor, plenitud de la revelación (cfr. 2 Co 1,20), mandó a los apóstoles predicar a todo el mundo el Evangelio. Este Evangelio se conservará vivo y entero en la Iglesia (cfr. DV 1), que lo transmite a través de los siglos, por signos, obras y palabras, como la revelación del Señor. Una catequesis desarrollada en el seno de la comunidad debe iluminar con la Palabra de Dios las situaciones humanas y los acontecimientos de la vida para hacer descubrir en ellos la presencia o la ausencia de Dios.

Tenemos la convicción de que Jesucristo, Hijo de Dios e hijo de María, revelando la misericordia del Padre, es el ejemplo clave de nuestra pedagogía de la fe; en la manera de acercarse a todo hombre, en especial a los más necesitados, y en acompañarlos en su camino y en sus esperanzas.

Una catequesis así presentada permite descubrir las "semillas del Verbo" en el mundo, hace posible al creyente caminar en la historia unido al pueblo de Dios y construyendo la Iglesia, adecúa

13. Idem, 221.

la fe del cristiano al momento histórico que vive. Ayuda al pobre a tomar conciencia de su situación de injusticia y a descubrir a Dios en su vida, y ayuda a todo cristiano a dar a Dios una respuesta de fe, superando así el divorcio entre la fe y la vida (Documento de Quito, 15).

Preparación del Evangelio

La educación de cada persona en la fe tiene su propia historia (es progresiva) y requiere una preparación. La “preparación del Evangelio” es un rasgo de la pedagogía de la fe. Implica que hay una disposición previa que orienta y estimula la acogida del Evangelio. Esto supone que, antes de la respuesta de fe, existe la “huella de Dios” que la predispone.

En la visión tradicional, esta preparación parte de la creación. El hombre, seducido por la grandeza del universo, reconoce a su Creador. El mundo creado es “hierofanía” privilegiada en tal visión, compartida por las culturas autóctonas de nuestro Continente; esta apertura al orden de la creación predispone para la respuesta de la fe.

La religiosidad propia de los diferentes pueblos prepara igualmente para la fe. La Iglesia reconoce en esos elementos religiosos y humanos “semillas del Verbo”, que pueden constituir una “preparación del Evangelio” (cfr. Med. 6.5).

La razón ilustrada ha cuestionado la apertura al Misterio desde el universo creado. ¿Significa esto que el hombre moderno carece de la “praeparatio evangelica” o dónde se encuentra esta? Cabría decir: primero que, no cabe pensar que la “huella de Dios” haya desaparecido para el hombre moderno o postmoderno, pues el Señor quiere que todos los hombres se salven (cfr. 1 Tm 2,4); segundo, habrá que buscarla allí donde se abren espacios de apertura al Misterio; en el caso del hombre moderno, inquieto por su propia identidad y por su responsabilidad histórica, será en el interior de sí mismo y de la historia donde cabe encontrarlos. De todos modos habrá que estar atentos a los “signos de los tiempos”. ¿La mayor sensibilidad por la ecología no podría abrir nuevamente espacios de preparación del Evangelio desde el mundo creado? Ciertamente la existencia de movimientos ecologistas no coincide con la visión tradicional, pues supone una forma distinta de responsabilidad del hombre respecto de la naturaleza y parte de una mentalidad secularizada; pero al menos empiezan a plantearse las cosas de modo distinto, con mayor sentido del valor de la naturaleza y de la

obligación de respetarla y cuidarla. Por supuesto no habría que descuidar lo que el Papa Juan Pablo II denomina la "ecología humana" (cfr. CA 38). El respeto de la naturaleza exterior al hombre implica respetar y cuidar los procesos naturales en él mismo. Otro modo de actuar implicaría una ideologización de la cuestión ecológica. El Concilio Vaticano II insiste en los interrogantes más profundos del corazón, que se le presentan al hombre ante la experiencia de sus limitaciones. Frente a la pretensión del poder ilimitado de la razón humana, consecuencia de la Ilustración, el hombre se encuentra enfrentado a graves problemas que pueden ayudarlo a trascenderse hasta la esfera del Misterio: el dolor, la muerte, el triunfo de los verdugos sobre las víctimas, la contingencia humana en fin.

El campo de las relaciones sociales parece ser especialmente abierto para el hombre moderno. De ahí que se ha insistido en despertar la conciencia social como lugar de apertura a la fe. Con todo, también este lugar se ha cerrado para muchos por influencia de la ideología marxista, que considera la religión como "opio del pueblo". Opino que el campo del compromiso social debe abrirse desde la opción preferencial por los pobres, donde se consideren las grandes mayorías de los países del tercer mundo, que se encuentran en grave riesgo de prescindencia por parte de los países más desarrollados.

La creciente democratización ha modificado sustancialmente el sentido de la autoridad; en consecuencia, el hombre de hoy valora sobre todo la autoridad del testigo que vive lo que dice mediante signos palpables de testimonios de vida, salvíficos y liberadores, válidos para los hombres de nuestro tiempo¹⁴.

Desde la práctica de las primeras comunidades cristianas (cfr. Hch 2,47), el *testimonio comunitario* es el medio privilegiado que abre las puertas a la fe. La aceptación del Evangelio sólo puede tener su mínimo necesario de plausibilidad si aparece vivido y compartido por un grupo que merece respeto. "El énfasis en lo comunitario hace a la existencia de comunidades clave y signo del sentido que en la vida contemporánea puede tener la fe, *praeparatio evangelica* en la sociedad para que no resulte absurdo creer"¹⁵.

14. J.A. UBIETA, "Un diseño evangelizador para la transmisión de la fe en nuestro tiempo", en *Teología y Catequesis* 30 (1989) 241.

15. A. TORNOS, "El trasfondo sociocultural de hoy con relación a la transmisión de la fe", en *Teología y Catequesis* 30 (1989) 190.

Acercamiento al tema con ayuda de la filosofía

En este apartado pretendemos un acercamiento al tema con el apoyo de la filosofía. Con ello intentamos un nuevo camino de comprensión, que esclarezca aún mejor el sentido de la historia como lugar teológico.

Entendemos por historia el acontecer humano que tiene sus raíces en la libre autorrealización y decisión del hombre por su condición espiritual¹⁶. La historia, en este sentido, se opone a "naturaleza", que es el conjunto del universo considerado como algo dado, o sea, como algo que no puede ser considerado producción o creación humana. El acontecer humano se realiza en el espacio y en el tiempo, en la coexistencia y sucesión de familias y pueblos y con múltiples limitaciones que proceden de la naturaleza exterior al hombre y de su condición de ser corpóreo, sometido a las leyes y condiciones de la materialidad.

El fundamento último del ente es el ser, del que participa el hombre, pero sin identificarse con él. De ahí se sigue lo que se denomina la "vuelta al ser", como toma de conciencia y autorrealización libre. Esta condición del ser humano es condición de posibilidad de la historicidad, que supone varios aspectos: la apertura esencial al ser, el hecho de que el hombre tropiece con fronteras en su apertura al ser y la necesidad del "otro" (la comunidad) para abrirse al ser.

El acontecer histórico brota siempre de personas individuales responsables, pero está esencialmente relacionado con la comunidad. De ahí que lo que denominamos "historia individual" está, por esencia, abierto a toda la humanidad. Con ello reconocemos la dimensión social del hombre, pero superando todo colectivismo, que anula la responsabilidad personalizada y, en la práctica, anula la dimensión de pecado personal.

La historia es el modo de obrar específicamente humano. Es esencial al hombre estar en la historia y hacerla. Todo cuanto hace, lo hace como ente histórico. Es cualidad propia del hombre el realizarse libremente, es decir, el "hacerse" conforme al ser que todavía no es, pero al que tiende y se acerca asintóticamente. De aquí proceden los "signos de los tiempos", como las posibilidades y valores que se le van abriendo al hombre a lo largo de la historia. La presencia de los signos

16. Cfr. W. BRUGGER, *Diccionario de filosofía*, Barcelona Editorial Herder, 1983, 280-285.

de los tiempos no excluye la acción de la gracia; al contrario, esta, que perfecciona la naturaleza humana, abre posibilidades por encima de lo meramente humano, pero contando con la libertad humana. Valores que han entrado a ser patrimonio de la humanidad son, sin duda, fruto del cristianismo, por más que aparezcan totalmente secularizados: por ejemplo igualdad, libertad y fraternidad.

Al comunicarse Dios al hombre, asume su condición de ente histórico, pero abriéndole a un plano que supera sus posibilidades naturales. Por eso, la historia humana se constituye en Historia de la Salvación. La Revelación, que presenta el designio de Dios, da nueva luz sobre la historia humana a partir del principal acontecimiento salvífico, cual es que el Hijo, Jesu-cristo, haya entrado a formar parte de nuestra historia, como plenitud de la misma. Al ser "plenitud de la historia", Jesucristo la plenifica y la trasciende: La historia queda asumida en plenitud (en sus valores auténticos) y simultáneamente, superada por el amor misericordioso de Dios.

La teología aporta nueva luz sobre la historia, al acentuar la unidad del linaje humano y concebir la historia como un proceso único con conclusión llena de sentido. Por su parte, la catequesis, como educación en la fe, está llamada a presentar el designio salvífico de Dios dentro de las coordenadas espacio-temporales, en apertura a todas las experiencias humanas, especialmente las que han cristalizado como culturas, mas reconociendo la plenificación en Cristo que las supera. La inculturación es, pues, expresión de que el Evangelio asume, plenifica y trasciende las realizaciones históricas del hombre. Asimismo, la catequesis implica una pedagogía adecuada, que reconoce y respeta los procesos personales y colectivos a partir de la adecuada *praeparatio evangelica*, por medio de la cual la persona puede abrirse libremente al don de la fe con el auxilio de la gracia. Finalmente, las consideraciones hechas con ayuda de la filosofía exigen que la catequesis subraye la dimensión comunitaria para la apertura al don de la fe.

CONCLUSIONES

Al final de este trabajo, voy a recoger brevemente las conclusiones más importantes. Tienen sabor de repetición. Con todo, introduciré de cuando en cuando alguna reflexión que no consta en la exposición anterior.

- La catequesis, de acuerdo a la tradición más genuina de la

Iglesia, es *memoria* de la Historia de la Salvación; consiste en el anuncio de las intervenciones de Dios en la historia de la humanidad. Tiene como centro el *misterio Pascual* (la muerte y resurrección del Señor).

- Toda catequesis ha de ser *crístocéntrica*; su objetivo es llamar a la conversión y al seguimiento de Jesucristo. Tiene importancia especial la presentación de la vida de Jesús de Nazaret, desde Belén hasta la cruz, y de sus enseñanzas.
- Junto al anuncio de Jesucristo, la catequesis ha de presentar la verdad sobre la *Iglesia*, presencia visible del Señor en la historia, sin triunfalismos ni falsos pudores.
- La catequesis debe extraer su contenido de la fuente de la *Palabra de Dios*, contenida en la Sagrada Escritura y la Tradición. Deberá contar con el apoyo del Magisterio, encargado de interpretar auténticamente el sentido de la Palabra de Dios.
- Existe una relación necesaria entre *catequesis* y *liturgia*. La catequesis como *memoria* se vincula a la liturgia como *memorial* ("recuerdo que actualiza") de la muerte de Cristo en la Eucaristía y de la acción salvadora de Dios en Cristo en todos los sacramentos.
- El presentar la Historia de la Salvación no significa que haya que seguir el orden de la denominada "historia sagrada". En la historia de la catequesis, el ordenamiento ha seguido diferentes formas. De estas se puede concluir que lo más adecuado es presentar la Historia de la Salvación en *círculos concéntricos* desde su eje central, la Pascua, pero no necesariamente en una sucesión cronológica.
- La *realidad* humana pertenece al contenido de la catequesis, pues en ella y desde ella Dios se sigue comunicando a los hombres; de ahí que hay que estar atentos a los "signos de los tiempos". La catequesis debe partir de la realidad e iluminarla con la luz de la Palabra de Dios.
- La *inculturación* del Evangelio es una ley de la evangelización: el Evangelio asume, purifica y potencia las culturas, teniendo en cuenta los misterios cristianos de la Encarnación, la Pascua y Pentecostés. De modo especial debe inculturarse el Evangelio

en la religiosidad de nuestro pueblo; pero ha de hacerse esfuerzo similar en cuanto a la modernidad y la postmodernidad, evitando satanizarlas.

- La sociedad actual es particularmente sensible a la autoridad del "testigo"; el *testimonio* personal, pero sobre todo el comunitario, es medio privilegiado de evangelización y catequesis.
- La *pedagogía* de la catequesis debe seguir la pedagogía divina, tal como se expresa particularmente en Jesucristo: acercamiento a todo hombre y en especial a los más necesitados, énfasis en la comunidad, anuncio del Mensaje íntegro, a partir de los hechos salvíficos y de acuerdo a las nuevas exigencias, y participación activa del catequizando, privilegiando para ello la conformación de equipos-comunidades; la preparación individual y por libre, quizá necesaria en ciertos casos, no es modelo de educación en la fe.
- La catequesis debe ser *progresiva*, adaptándose a las condiciones de la persona y de los grupos humanos y buscando su asimilación vital. Hay que cuidar de modo especial la "preparación del Evangelio" que dispone al catequizando a abrirse a la fe, de acuerdo a las exigencias y condicionamientos históricos.

La catequesis basada en la Historia de la Salvación debe ser lugar y fuente de *espiritualidad*; esta, como vivir en el Espíritu, es una característica que envuelve todas las dimensiones de la catequesis: conversión y seguimiento de Jesucristo, lectura de la Palabra de Dios en ambiente de oración, opción por los pobres, sentido eclesial-comunitario, unión entre fe y vida, respeto por la religiosidad popular... Es la espiritualidad de María, que reconoce en ella la acción de Dios, a cuya Palabra fue siempre fiel y que siguió a su Hijo Jesús hasta la cruz, aceptándonos a todos como hijos.